BOLETÍN
DE LA
REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Año LXII - Tomo LV - MAYO-AGOSTO - Cuaderno CCV

Antonio y Manuel Machado y el poema paralelo de sus vidas

Son palabras de Marañón: las últimas del admirable prólogo que escribió para la excelente biografía de Miguel Ferrero titulada "Vida de Antonio Machado y Manuel": "*Puede decirse desde ahora* —reza el párrafo íntegro en que están insertas— *que los dos grandes poetas españoles tienen ya un libro, que no será superado, en el que se narran, con dignidad adecuada al excelso argumento, los poemas paralelos de sus vidas*".

Llegado el caso, señores Académicos, de seleccionar entre tantos temas posibles el más afín con las efemérides del centenario que hoy celebramos cuanto con mi propia sensibilidad, me he inclinado a glosar antes que los poemas unipersonales de su obra literaria, el gran poema paralelo de su existencia de que hablaba Marañón. No el que trazaron uno u otro con la pluma, sino conjunta y recíprocamente con su amor fraternal. El de Manuel hacia Antonio. El de Antonio hacia Manuel.

Yo conocí al primero cuando sólo faltaban dos años para su muerte. Ni en su aporte ni en su rostro podía advertirse vaticinio alguno de su proximidad. Andaba muy erguido; al hablar, de pie, bien plantadas las piernas en el suelo, inclinaba ostensiblemente el cuerpo hacia atrás como si fuera a clavar un par de banderillas. Recordé su autorretrato:

"Antes que un tal poeta, mi deseo primero
hubiera sido ser un buen banderillero."

En cambio, su rostro no se adecuaba en modo alguno con su descripción:

"Esta es mi cara y esta es mi alma: leed.
Unos ojos de hastío y una boca de sed."

Lejos de esto, su labio inferior, más prominente que el otro, marcaba su sonrisa con un dejo de bondadosa ironía y sus ojos lucían gratitud y sorpresa. Sorpresa de que un muchachuelo como yo, perteneciente a una generación dos veces posterior a la suya, y que alternaba su servicio militar con sus primeros pinitos como meritorio en la sección de colaboraciones de un diario de gran circulación, se hubiese acordado de él para inaugurar unas páginas poéticas que habrían de empezar a publicarse poco tiempo después. Voy a dar a conocer la carta, fechada el 16 de enero de 1945, que en respuesta a la mía me escribió, pues refleja con admirable sencillez y claridad su perfil humano. Es obvio que los elogios que me dirige son fruto exclusivo de aquella gratitud a que antes aludí y al lícito halago que produce en un hombre de edad saberse conocido y admirado por un joven que le consideraba su maestro. El pudor que podría producirme el dar a conocer sus elogios, se desvanece ante esta seguridad. Si exiguos son mis méritos literarios hoy, ¿qué no serían entonces que batía mis primeras armas en lucha con el rigor y la sintaxis?:

"Querido amigo mío (que así quiero llamarle como a vástago de una estirpe a la que siempre me unieron relaciones del más cordial afecto): Recibí su amable carta del 11 y ya tiene usted ahí la primera composición con la que reanudo encantado en el grande y querido ABC una colaboración que data de 1905... la fecha exacta de su fundación. Cada mes le enviaré, como me indica, un nuevo poemita.

La vejez, que tantas incomodidades y penas nos acarrea, nos reserva también algún momento de la más noble y pura satisfacción... lo que hoy me complace más es que sea usted precisamente el que ahora me recuerda y convoca.

Su padre de usted —que me conoce bien— sabe con cuánta verdad, y con cuánta alegría me ha parecido a mí ver en usted, por lo que le he leído en prosa y en verso, la promesa inminentemente realizable de un excelente escritor. Después de todo, el que lo hereda no lo hurta. Es usted a mi juicio, o de nada me han valido mis 50 años de práctica de la pluma, uno de aquellos pocos, poquísimos jóvenes a quienes con entera satisfacción y sin ninguna reserva se puede gritar: ¡Adelante!

Si esta palabra en mis labios, no ya por mi autoridad, sino por mi afécto sincero incapaz de mentir, puede serle grata piense que se lo digo con toda el alma.

Y recuerde siempre a este viejo y tradicional amigo que le quiere y estima altamente, Manuel Machado."

Tan claras están, implícitas en el texto, las motivaciones de su exaltada generosidad, que resulta ocioso disculparme por haberme atrevido a leerlas. Con esto y con todo, no soy tan insensible como para dejar de considerar que aquel muchachuelo a quien él gritaba "¡Adelante!" sea el que hoy, desnudo de méritos, ocupe el mismo sillón que con tanto prestigio ocupó quien estas palabras escribía a quien andando el tiempo había de ser sucesor suyo.

El primero de los poemas de aquella colaboración de Manuel estaba dedicado a Antonio Machado. El contorno de álamos y chopos de aquel camino soriano que conducía a la ermita de San Saturio, tantas veces cantado y descrito por Antonio, lo hacía ahora suyo Manuel en este entrañable poema-homenaje a su hermano muerto.

"Estos chopos del río que acompañan
con el sonido de sus hojas secas...",

había escrito Antonio Machado. Y Manuel recuerda ahora estos árboles cantados por su hermano:

"¡Chopos del camino blanco, álamos de la ribera!"

Este poema, el primero, repito, con el que Manuel reanudaba, a instigación mía, su producción poética —y acaso uno de los últimos que salió de su pluma—, se titulaba "Ecos". Y decía así:

¿Qué tiene este verso, madre,
que de ternura me llena,
que no lo puedo decir
sin que el corazón me duela ...?

"*¡Chopos del camino blanco; álamos de la ribera!*"
¿Qué tienen, madre, qué tienen
estas palabras que suenan
tan adentro de mi pecho,
y tan lejos, y tan cerca ...
"*¡Chopos del camino blanco; álamos de la ribera!*"
¿Qué dicen, sin decir nada ...?
Sin contar nada, ¿qué cuentan ...?
De estas palabras sencillas
¿qué puso Antonio en las letras?
"*¡Chopos del camino blanco; álamos de la ribera!*"
Cuando en mis labios las tomo
y hasta mis oidos llegan ...
¿por qué lloro sin consuelo?
y ¿por qué lloro sin pena ...?
"*¡Chopos del camino blanco; álamos de la ribera!*"

Utiliza, como vemos, Manuel Machado en esta composición versos de Antonio que él rima con los suyos. Siendo ésta, con toda evidencia, una de las últimas escritas por el sobreviviente, ¡qué bello broche para la culminación de sus vidas paralelas! ¡Qué genial estrambote el de esta composición común para la rúbrica final del gran poema paralelo de sus vidas!

Nacieron con menos de un año de diferencia; asistieron de niños a los mismos cursos en las mismas aulas, mano en la mano descubrieron el mismo día, en la costa de donde zarparon las tres carabelas, la infinita incógnita del mar. Emigraron juntos a Madrid, juntos asistieron por vez primera al teatro, juntos escribieron, de niños, los primeros ripios escenificados, juntos fundaron una compañía de aficionados infantiles. Juntos, ya mozos, asistieron a las primeras tertulias literarias. Y sus nombres, siempre unidos, aparecen en las redacciones de las revistas literarias de la época. Así en "La Caricatura", fundada y dirigida por aquel adorable insensato llamado Enrique Paradas, en la que Antonio utiliza el seudónimo de "Cabellera" y Manuel el de "Polilla", y, ambos a dos, cuando colaboran entremezclando sus versos, el muy eufónico de "Tablante de Ricamonte". Así, en la

"Revista Ibérica", fundada por Villaespesa, en cuya tercera edición hay un diálogo entre Pierrot y Colombina escrito por Manuel, y un largo poema "Del camino" del que es autor Antonio. Así, en "Helios", de la que fue alma Juan Ramón Jiménez; así en "Electra", fundada y dirigida por un Ramiro de Maeztu impetuoso y juvenil.

Juntos viven por dos veces en Francia; con un mismo cargo: "Traductores" de una misma Casa: "Editorial GARNIER", de París; juntos leen allí sus versos al no consagrado Pío Baroja, y a los ya consagrados Rubén Darío o Amado Nervo; juntos conocen —ya decrépito y cansado— a Óscar Wilde; juntos trabajan en el equipo de colaboradores de Eduardo Benot para su Diccionario de ideas afines...

El paralelismo de sus vidas resulta a veces chocante, si se me permite esta expresión, por la acumulación de coincidencias: unas producidas por el azar, otras por la afinidad de sus vocaciones, otras, tal vez las más hondas, por la mutua influencia y atracción. Ambos nacieron en estío (Manuel en agosto; Antonio en julio) con un solo año, ya lo hemos dicho, de diferencia, cabe añadir ahora que esta mínima distancia de tiempo se repite en dos hechos más (ambos importantes que jalonan su existencia: la publicación del primer libro y el matrimonio). Manuel ve impresa su primera obra, "Alma", en 1901, cuando cuenta 27 años de edad; Antonio en 1902, cuando cuenta la misma edad que tenía Manuel al publicar el suyo. Antonio contrae matrimonio ya talludito, 35 años, en 1909; Manuel, más talludo aún, en 1910, cuando, influido por el ejemplo de su hermano, cuelga los hábitos de solterón donjuanesco e ingresa en la cofradía de los casados. Él niega su donjuanismo en unos versos que están más al servicio de la rima que de la verdad:

> "Las mujeres... —sin ser un Tenorio ¡eso no!—
> tengo una que me quiere y otra a quien quiero yo."

Un azar más, una coincidencia más en la vida de los hermanos: ninguno de ellos dejó descendencia.

Con esto y con todo, más interesante que las coincidencias movidas por los hilos inaprensibles del destino, son aquellas otras aproximaciones producidas por la libre manifestación de la vo-

luntad. Ya dijimos que por dos veces vivieron juntos en París. Especifiquemos ahora que quien llegó primero a la capital de Francia fue Manuel. Y como Madrid, sin Manolo no era Madrid, Antonio dejó cuanto tenía entre manos y le siguió los pasos. Pasa el tiempo, Antonio regresa solo a España. Y como París sin Antonio ya no es París, Manuel hace su equipaje, renuncia a su colocación en Editorial Garnier y se viene a Madrid tras su hermano. Cuando Antonio, recién casado con la jovencísima Leonor, planea su viaje de novios, no escoge Madrid como meta (donde habita su madre con el resto de la familia), sino Barcelona, donde vive Manuel la última de sus calaveradas. Cuando muchos años más tarde, ya viudo, tras sus largas estadías en Soria y Baeza como profesor de Instituto, es destinado a Segovia, viaja cada semana a Madrid, donde convive sábados y domingos con Manuel para planear y culminar el gran sueño de su vida: colaborar juntos en un gran empeño literario, el teatro. En poesía Antonio ha sido siempre Antonio, ¡ahí es nada! Y Manuel, Manuel. A partir de la etapa segoviana del primero, ya serán "los Machado". Año tras año los Machado idean, se distribuyen el trabajo, leen a los empresarios, estrenan. Los Machado ven sus nombres en las carteleras en 1926 con una tragicomedia, "Desdichas de la fortuna o Julianillo Valcárcel". Los Machado reciben desde el escenario los aplausos del público en 1927 tras el estreno de "Juan de Mañara". Los Machado dan a conocer su mejor obra, "Las adelfas", en 1928 (¿es pura coincidencia que el título de su mejor colaboración, "Adelfas", así como el del mejor poema de Manuel, "Adelfos", deriven etimológicamente de una voz que en griego significa *hermanos?*). Y los Machado triunfan en 1929 con "La Lola se va a los puertos" y en 1930 con "La prima Fernanda" y en 1931 con "La Duquesa de Benamejí". Ya son los Machado. Los Machado: sin dejar Antonio de ser Antonio, sin dejar Manuel de ser Manuel ...

Esta era su voluntad y parecía haber sido hasta entonces la de la fortuna. Mas ésta, engañosa, comenzaba ya a tejer las redes del futuro inmediato, de otra suerte. Desde el advenimiento de la República, salvo en 1931, con la última de las obras citadas, no vuelven a estrenar más. Escriben, sí; se ven a diario, porque Antonio ha sido destinado a Madrid. Escriben "Las Tardes de

la Moncloa", "La Diosa Razón", "El Loco Amor" ... Pero no las estrenan. Publican un manifiesto teatral conjunto en 1933, pero sus obras no son contratadas por los empresarios. Las parcas prosiguen su labor de apartar lo que la sangre y la voluntad habían querido unir. Culminan su obra con el viaje ocasional de Manuel Machado en julio de 1936 para visitar a una religiosa, hermana de su mujer, enferma en un convento en Burgos, de donde no regresó, pues la guerra había abierto una sima insalvable entre las dos Castillas: la Castilla de Antonio, donde ocasionalmente residía Manuel; la Castilla de Manuel, donde residía Antonio, ocasionalmente.

Si Manuel no hubiera viajado a Burgos, si Antonio no hubiera sido destinado a Madrid ... Cuando tres años más tarde, ya en las postrimerías de la guerra, Manuel se desplaza desde Burgos al pueblecito francés de Colliure (donde su madre y sus hermanos acaban de arribar tras una fuga dantesca a través del Pirineo), aquélla ha muerto; Antonio, también. Acaso recordara Manuel ante sus tumbas unos versos terribles de su hermano Antonio, de su amigo:

"Españolito que vienes
al mundo, te guarde Dios:
Una de las dos Españas
ha de helarte el corazón."

La separación de los dos hermanos fue tan dolorosa, tan desgarradora, que no es ligereza pensar que la muerte del primero estuvo provocada en gran parte por la ausencia del segundo. En este sentido, es de inapreciable valor el testimonio de un tercer hermano, José Machado, quien editó en la Imprenta Provincial de Soria, en 1971, un libro titulado "Las últimas soledades del poeta Antonio Machado" y en cuya página 56 se dice: "La vida de estos dos poetas estuvo siempre tan ligada que uno de los motivos principales que aceleraron la muerte de Antonio fue la inevitable y forzosa ausencia de Manuel".

Testimonio éste —el de un tercer hermano— de la máxima importancia para entender el amor fraternal que los unía, tema frontal de esta breve consideración académica.

Manuel Machado fue elegido Académico de la Lengua en

1938. Le correspondió el sillón N. Entre sus predecesores figuraban Salustiano Olózaga, Benito Pérez Galdós y Francisco Torres Quevedo. Sus sucesores, hasta ahora, hemos sido Sánchez Cantón y yo.

Nada más lejos de mi pensamiento que intuir esto aquella lejana tarde de 1947, cuando, con voz entera, me leía los versos por mí pedidos, por Antonio inspirados, por él escritos:

"¡Chopos del camino blanco; álamos de la ribera!"

TORCUATO LUCA DE TENA.